

Los recientes resultados electorales en Venezuela invitan obligatoriamente al chavismo, a pesar de la victoria de Nicolás Maduro, a iniciar una reflexión, que debe ser amplia y profunda. En efecto, en un clima de euforia, dando por sentada la severa derrota de la oposición encabezada por Henrique Capriles, con unas encuestas iniciales que aseguraban una diferencia a favor de Maduro de hasta 20 puntos, las elecciones han representado para el chavismo una pérdida de 615.000 votos con relación a las realizadas en 2012, mientras Capriles aumentaba sus electores en nada menos que 711.000.

Ha quedado patente, pues, que, sin Chávez, las cosas no son lo mismo. Y difícilmente lo serán en el futuro, si el chavismo no emprende la tarea de empezar a resolver con urgencia algunos importantes problemas que afectan al país.

Sobre lo que Chávez ha significado, los avances sociales, económicos y democráticos que consolidó, incluida la recuperación de la dignidad de millones de venezolanos que hasta que él llegó eran prácticamente invisibles, o el nuevo posicionamiento de Venezuela en América Latina y a nivel mundial, etc., no voy aquí a extenderme. En numerosos artículos, y desde hace mucho tiempo, en esta revista se ha apoyado sin fisuras la labor del mandatario venezolano, de modo que lo que ahora aquí interesa es poner de relieve no lo mucho positivo, sino los problemas no resueltos que pueden lastrar el avance del país hacia el vivir bien y el socialismo.

Y, entre esos problemas, destacan cuatro –el orden no importa– que deberían ser abordados sin demora.

El primero es la ineficiencia –y el burocratismo– que se ha puesto de manifiesto en algunas áreas del aparato administrativo del estado. No es, afortunadamente, un problema en todas las instituciones y departamentos ministeriales, pero allí donde se produce ha de ser cortado de raíz.

El segundo es la política macroeconómica. Algo falla cuando la inflación se dispara a niveles del 25 %, con un aumento de precios que repercute incluso en productos alimentarios, a pesar de los buenos precios de los mercados impulsados por el gobierno. Una observación: quien postuló la devaluación de la moneda (de más del 30%) en febrero, con Chávez ya muy grave y unas posibles elecciones en puertas, debería ser premiado con el título de tonto útil, como mínimo.

El tercero, la corrupción. Ligada al burocratismo, el clientelismo y tantas lacras de todos conocidas, esa idea difusa de crear una nueva burguesía (la boliburguesía, se ha llamado) más afín al proyecto chavista, ha acabado en metástasis. En Venezuela, como en España, la corrupción es enemiga de la democracia, y ha de ser combatida hasta sus últimas consecuencias.

El cuarto, la violencia. 16.000 asesinatos anuales (impunes casi todos; una cifra que algunas ONG's elevan a más de 20.000) es una auténtica barbaridad. La sensación de inseguridad constituye un gravísimo problema para gran parte de la población.

Alguien podrá decir que me estoy metiendo en camisa de once varas, y que quién soy yo para dar esos consejos, desde Europa y no siendo venezolano. Pero a ese alguien le digo que el proceso venezolano es patrimonio de la humanidad, como el Coliseo de Roma o la Giralda de Sevilla, y que sus esperanzas son mis esperanzas, sus sueños mis sueños. Y, después de soñar tanto, cuesta aceptar que puedan regresar las pesadillas.

*Miguel Riera*